

ANTE UNAS RUINAS

nov 6/x9 *Carteles*

EL HISTÓRICO INGENIO DE SAN ANTONIO

Por JAVIER BARAHONA

La tea revolucionaria.—Dos cartas de Máximo Gómez.—El desacato del general Masó Parra.—Las ruinas de un vergel.—“La bella señora de Pulido”.—El Baño de la Condesa.—El aprieto de un mayoral.—Vestigios de un emporio.—Los dos testigos silenciosos.—Una reina de belleza.—La dramática apelación del Generalísimo.

“**H**AY que darle candela a la colmena para que vuele el enjambre”. La frase es de Máximo Gómez, y encierra todo un sistema de estrategia revolucionaria, cuya huella contemplamos en estas ruinas del ingenio San Antonio, en las inmediaciones de Alquizar. La revolución cubana, que debía hacerse libertando esclavos y quemando ingenios, pasó por aquí. No fué obra de vándalos, sino necesidad política que se imponía como un sacrificio más. Se destruía la riqueza de Cuba porque, al presente, era incompatible con su libertad. Pero bien comprendían los gloriosos mambises el daño que inferían a la patria. El propio Máximo Gómez nos lo ha de decir en un documento de gran penetración. Copiémoslo en parte. Es un fragmento de la carta que dirigiera al coronel Andrés Moreno. “Y cuando la tea empezó su infernal tarea y todas aquellas bellezas hermosísimas se convirtieron en una horrible hoguera, cuando ocupamos a viva fuerza aquellos bateyes habitados por los españoles, aquellas casas palacios, con tanto portentoso laberinto; todo aquel conjunto de producción, de comodidades, de lujo y hasta de cultura, cuando yo vi todo eso, le confieso a usted que quedé abismado y hubo un momento en que hasta dudé de la pureza de los principios de la revolución;

pensé que marchábamos por un camino torcido, y yo mismo no me sentía bueno, como quiero serlo. Fué ésa una noche molesta para mí, pensando de semejante modo, con mi asiento recostado en las verjas de hierro bruñido del hermoso jardín de la bella señora de Pulido, de cuyo ingenio su mayordomo acababa de decirme que había costado cien mil pesos. Yo había dado órdenes de que ¡cuidado! quien se atreviese a tocar aquel plantío de flores y plantas bellísimas”...

Las ruinas de un vergel.—

Estamos en el mismo lugar que tanto impresionara al Generalísimo, hasta el punto de hacerle perder por un momento la fe en los principios de su obra revolucionaria. Pero ya no se ofrece a nuestra vista la belleza que admirara al guerrero. Su orden fué desacatada por el general Masó Parra, y la tea de la revolución hizo presa en lo que fuera “plantío de flores y plantas bellísimas”. Nada queda de tanto esplendor, nada de la riqueza que otrora hiciera del lugar emporio y jardín, ante cuya contemplación Máximo Gómez concibiera y enviara a Martínez Campos una apelación patriótica para que éste pusiera fin a la devastación y la guerra. Y al tender nuestra mirada por

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

que se apoyara el asiento del Generalísimo. Como testigos silenciosos de aquel momento, dos viejos y corpulentos flamboyanes alzan su tronco a uno y otro lado de lo que debió ser monumental entrada. Miramos más allá, sobre el lado izquierdo. Allí estaba la casa de vivienda, que debió ser amplia mansión, digna de cobijar la gracia y la belleza de aquella condesa de Fernandina a quien las crónicas de la época señalaban como "la más querida, admirada y culta de las mujeres de su tiempo". Todavía se ven las rojas baldosas del piso y restos de las pilastras que sostenían el techo de los holgados portales. Nada más. Hoy, una humilde casa de tablas y guano ocupa parte del espacio. Vive en ella el señor Luis Díaz, mayoral de la finca, a quien somos presentados por el teniente Rafael Mohedano, nuestro acompañante en esta excursión histórico-campestre. El señor Díaz lleva veinte años en la finca, y alcanzó a ver los restos, todavía bastante conservados, de lo que fué casa de vivienda e ingenio de la bella condesa.

El baño de la condesa.—

Frente a la mansión, atravesando el camino, estaba el famoso baño de la condesa, en medio de un jardín espléndido, bajo cuyos emparrados y enredaderas la belleza de Josefina Herrera era un flor más, flor de carne, blanca y rubia como aquella ninfa Calipso que guiara al joven Telémaco por los bosques floridos de la isla encantada. Sobre un montículo estaba el baño, abierto en la tierra. Aun se ve el hueco, revestido de mosaicos ya desaparecidos. Seméjase ahora el brocal de un pozo. Descendiase al fondo, no muy profundo por unas escalerillas.

de un lugar encantado que quis como de luzura el alma de un hombre a quien la guerra debía haber brindado espectáculos hartos desagradables; él, porque en presencia del subyugador cuadro, marco florido a la belleza de una niña, guiso librario del fuego devastador y aun apeló inútilmente, con nobleza de soldado y patriota, a la cordura del adversario. "¡No más sangre, General! no más tea!". Así hablaban Máximo Gómez a Martí y Campos en una carta que escribiera y fechara en este mismo paraje el mes de enero de 1896. Nos retiramos. Por última vez volvemos hacia atrás la mirada, y los dos viejos flamboyanes parecen despedirnos con sus nudosos brazos en alto...

jos en a la diosa, la or Y a ra, co cando algun Tent Ellos las r ellos de su rece años, divi reina invac do es exte presi quer go d espi duda la h de " la H sent reali rra

jadores y empleados. Todo el espacio era parte del batey. Este lo componen hoy unos bohíos que se alzan al pie de los cañaverales. El mismo emplazamiento del ingenio, donde todavía se ven restos de un gigantesco tanque, zanjas cubiertas de ladrillo por donde discurría el bagazo, pilastras y espigas de hierro que eran asiento de las maquinarias, está cubierto por un platanal. El piso es desigual, apreciándose las grandes depresiones donde estaban situados los trapiches.

El romance de dos viudos.—

Vamos por una guardarraya hacia el horno de cal. Este es el camino que conducía a la entrada. El señor Díaz nos informa que en otro tiempo estaba bordeado de palmas reales, cuya doble hilera se prolongaba hasta la gran portada donde todavía se alzan los dos flamboyanes ya aludidos. Seguimos andando mientras el mayoral nos entretiene con sus informes. El ingenio San Antonio era uno de los más modernos y mejor dotados de Cuba en su tiempo. Había pertenecido al señor Carlos Pulido, marqués de Dávalos, primer esposo de la condesa de Fernandina, a cuya propiedad pasó cuando aquél falleciera. Pero la condesa tenía sobre la finca una hipoteca contraída con el señor Fenne Romero, conde de Casa Romero. Andando los años, ambos se casarían en segundas nupcias. Todo quedó en casa. Hoy la propiedad pertenece a los descendientes del conde de Casa Romero, que la han dado en arriendo a la compañía del central Fajardo. Otra vez la imagen de la condesa surge ante nosotros. ¡Cuántas veces, el sol que ahora arde sobre nuestras cabezas, habrá dibujado su sombra al pasar en su quitrín por esta misma guardarraya que seguimos! Y no dejaría de hacer tam-



Restos de uno de

bien sus pas algún atard Nos compla Creemos mar lla que deja Ella era bella 1894, había, s belleza en un nado por la Nadie podía reinado que le pertenecía.

Horno de cal del San Antonio, que seméjase un viejo (Foto)



Carteles, nov 6/49

que se apoyara el asiento del Generalísimo. Como testigos silenciosos de aquel momento, dos viejos y corpulentos flamboyanes alcanzan su tronco a uno y otro lado de lo que debió ser monumental entrada. Miramos más allá, sobre el lado izquierdo. Allí estaba la casa de vivienda, que debió ser amplia mansión, digna de cobijar la gracia y la belleza de aquella condesa de Fernandina a quien las crónicas de la época señalaban como "la más querida, admirada y culta de las mujeres de su tiempo". Todavía se ven las rojas baldosas del piso y restos de las pilastras que sostenían el techo de los holgados portales. Nada más. Hoy, una humilde casa de tablas y guano ocupa parte del espacio. Vive en ella el señor Luis Díaz, mayoral de la finca, a quien somos presentados por el teniente Rafael Mohedano, nuestro acompañante en esta excursión histórico-campestre. El señor Díaz lleva veinte años en la finca, y alcanzó a ver los restos, todavía bastante conservados, de lo que fué casa de vivienda e ingenio de la bella condesa.

El baño de la condesa.—

Frente a la mansión, atravesando el camino, estaba el famoso baño de la condesa, en medio de un jardín espléndido, bajo cuyos emparrados y enredaderas la belleza de Josefina Herrera era un flor más, flor de carne, blanca y rubia como aquella ninfa Calipso que guiara al joven Telémaco por los bosques floridos de la isla encantada. Sobre un montículo estaba el baño, abierto en la tierra. Aun se ve el hueco, revestido de mosaicos ya desaparecidos. Sembrada ahora el brocal de un pozo. Descendíase al fondo, no muy profundo, por unas escalerillas. Cubriale un techado circular sostenido por delgadas paredes también recubiertas de mosaicos. Sólo queda el recuerdo. Yerbas y malezas crecen ahora donde antes esplendía la belleza desnuda de la condesa de Fernandina.

Cuéntase que un día en que la hermosa nereida estaba entregada a las delicias del baño, requirió la presencia del mayoral del ingenio, a quien deseaba dar una orden urgente. Acudió el empleado, deteniéndose ante la puerta. "Entre, entre usted"—ordenó desde adentro la condesa al azorado mayoral, que hubo de traspasar el umbral sagrado de aquel templo donde oficiaba la belleza. Con los ojos fi-

jos en el suelo, sabiéndose frente a la desnudez turbador... de una diosa, escuchó el pobre hombre la orden de su dueña.

Y aquí estamos nosotros ahora, contemplando el lugar y evocando la escena. Ruedan por allí algunos fragmentos de mosaicos. Tentados estamos de recogerlos. Ellos retrataron en su superficie las reconditeces de la condesa, ellos recibieron la suave caricia de sus blancas manos, ellos parecen traer, desde el fondo de los años, la figura esbelta y cuasi divina de una mujer que fué reina y gala de estos parajes, hoy invadidos por las zarzas. Por todo este espacio que nos rodea se extendía el jardín que viera, impresionado, el Generalísimo. El quería preservarlo de la tea. Algo de poeta debía haber en el espíritu del viejo adalid, que sin duda asoció en aquel momento, a la hermosura del lugar, la gracia de "la bella señora de Pulido", tal como él la mencionara. Pero la Historia no se escribe con el sentimiento, sino con la áspera realidad de los hechos. Masó Parra pasó por el ingenio San An-



Maria Josefa HERRERA Y MONTALVO, condesa de Fernandina, dueña que fuera del ingenio San Antonio, en las proximidades de Alquizar. Josefina Fernandina, como se la llamaba, aparece aquí representando a la Aurora, durante la fiesta inaugural del palacio Estévez-Lasa.

(Foto de la revista "Figaro").

Pozo del ingenio San Antonio, notable construcción tanto por su solidez como por su tamaño. Este pozo servía el agua a toda la finca.

(Foto Asensio).

una profunda abertura redonda, en cuyo fondo se ven algunas plantas. Una noria extraía el líquido, el cual se distribuía a las casas y el ingenio. El baño de la condesa recibía el agua de este pozo. Ahora está seco, bajo la tupida maraña de las plantas silvestres que crecen por todas partes. Parece una tumba abandonada donde yaciese todo lo que un día fuera allí movimiento, trabajo, riqueza y savia del tiempo. Sus aguas ya no alimentan las calderas del ingenio ni riegan las flores, ni acarician el cuerpo de la condesa de Fernandina. Han dejado de brotar, como han dejado de existir las personas y las cosas que allí fueron.

Dejamos la sombra de los copudos árboles que un día aliviaron el calor de los esclavos, al pie del pozo. Traspasamos la entrada y nos internamos en un cañaveral. A pocos pasos de la guardarraya, entre matas de caña, encontramos el horno de pan. Se conserva casi intacto. Aquí se cocía el pan para las dotaciones del ingenio. El lugar en que se encuentra nos parece impropio. Pero debemos imaginarnos en la época en que funcionaba junto con las demás dependencias. Hoy parece como aislado y apartado, lo que no era así en otro tiempo, cuando los cañaverales creían lejos y el sitio lo ocupaban la casa del ingenio, hacia el sur, y los barracones y viviendas de los traba-

tonio, y no vió aquí el "portentoso laberinto" que describiera Máximo Gómez, sino la estampa odiosa de la colonia que debía ser purificada por el fuego de la revolución.

Vestigios de un emporio.—

Volvemos al camino. No lejos de la casa de vivienda, o de lo que ésta fuera, está el gran pozo que servía agua a todo el batay. Lianas y bejuco lo cubren a medias. Es una firme construcción de cemento y piedra, cuya solidez admira aún. Nos acercamos al brocal, que se abre sobre

Horno de pan del ingenio San Antonio, donde se cocía el pan de las dotaciones. (Foto Asensio).



Lugar donde estaba el famoso baño de la condesa de Fernandina, en el ingenio San Antonio. Cubierto de malezas y yerbas, apenas queda el hoyo de lo que fuera pequeña piscina revestida de blancos mosaicos. Aparecen, de izquierda a derecha, nuestro compañero RUIZ, el teniente MOHEDANO y el Sr. Luis DIAZ, actual mayoral de la finca.

(Foto Asensio).



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



Entrada a los jardines y casa de vivienda del ingenio San Antonio, de la que restan
aún los dos viejos flamboyanes que la flanquean.
(Foto Asensio).



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA